

A pesar de los vientos

MANUEL GONZÁLEZ SOSA
Salto de Página. Madrid, 2013.
224 páginas, 14'50 euros



ARCHIVO

¿Quién ha leído a este poeta? Prácticamente nadie. Como explica Andrés Sánchez Robayna en su introducción, rica y ajustada, casi todo lo que publicó Manuel González Sosa (Guía de Gran Canaria, 1921-Las Palmas de Gran Canaria, 2011) tuvo, por decisión del propio autor, tiradas muy reducidas, de un máximo de cien ejemplares, lo que ha impuesto sobre su obra, hasta el momento, una especie de clandestinidad. Esta edición de su poesía completa por Salto de Página puede y debe cambiar ese desconocimiento. Y debe hacerlo porque aquí hay poesía sin más.

En una de sus notas, Manuel González Sosa expone la idea de que escribir dentro de una poética implica una limitación y cree que su trabajo responde a “condensación de tantas tradiciones concéntricas y superpuestas. Una poética que registra sumas y restas” y también que la obra ha de ser “fru-

to de un proceso genuino impulsado por una íntima necesidad irresistible”. Su desinterés por ocupar plaza de poeta y la lectura de sus poemas confirman todo ello.

Como bien indica el prologuista, esta poesía responde a una visión elegíaca que respondería al gusto por la poesía de Keats. La “sombra”, entonces, cobra un protagonismo de símbolo: “La sombra, esta luz mía” llega a escribir en un juego de sabor barroco; y más allá de lo particular, “Somos hombres:/ pájaros de la sombra”; y con ella lo oscuro, lo sombrío, van tiñendo los poemas de la conciencia de la muerte, consecuencia de la meditación sobre lo humano, sobre la vida. No es ajena a esto la lectura de Unamuno, que habría sido una de las decisivas. Todo se precipita hacia su desaparición y, así, “La dicha se deshace más pronto que las cosas/ y de esa ascuas queda solamente la ausencia”.

Hay en este conjunto una notable diversidad de formas. Desde una cierta predilección por el soneto, en los que muestra soltura y magisterio, a los poemas en prosa de *Entrevisión*, delicadas notas de un viajero, que no un turista.

Sólo puede celebrarse esta edición que viene a corregir una anomalía. El lector se sorprenderá al gozar de una palabra poética verdadera, surgida de la emoción en armonía con la reflexión. ¿Quién no leerá ahora a este poeta? **T. B.**

Ácido almíbar

RAFAEL SOLER
Vitruvio. Madrid, 2013.
124 páginas, 11 euros

Con *Maneras de volar* (2009) y *Las cartas que debía* (2011) se rompía el silencio literario de Rafael Soler (Valencia, 1947) tras la publicación de varios libros de narrativa y también de poesía entre 1979 y 1985. Este *Ácido almíbar* presenta una especie de autobiografía. Ya remita a lo vivido, ya sea ficcional, el caso es que sus páginas rememoran las figuras familiares, el abuelo, el padre, la madre u otros personajes, como Battiste. Y otros más que ni siquiera merecen ser nombrados sino como tipos, los “amarillos”, los “balbucidos”, etc.,

y con todo ello no sólo se trata de dejar constancia de la memoria, sino que está en función de un discurso moral, en absoluto moralizante, que da otra dimensión a lo que hubiera podido quedar en lo estrictamente memorialístico, legítimo por lo demás.

Abre el libro una sección en el que se habla a un tú, desdoblamiento del yo, y supone la presentación del personaje desde el mismo nacimiento, si bien se le advierte que el verdadero nacimiento tiene lugar con la llegada del amor, además de que se le alerta sobre el aprendizaje de la vida y la sabiduría que otorga el reconocerse tan sólo como “una costura/ en la arpillera universal del frío”. La parte final gira

en torno a lo efímero de la vida, la muerte, con lo que se cierra el ciclo, la narración del yo. Moralidades.

“Retrato de dos para ninguno”, la tercera de las secciones, está dedicada al amor, a cantarlo, no en vano se ha dicho que es la vida verdadera. Si se habla a la amada, no por ello se deja de dar voz a ella, a la mujer, lo que acaba construyendo un diálogo en el que la visión del mundo, los portadores de la vida, etc., re-



ARTES HOY

sultan ser plurales, lo que Enriquece al discurso. E importa subrayar esas cesiones del yo de la enunciación por lo que significan de variedad de sujeto y cómo ese dialogismo a que da lugar permite calificar de literariamente moderna a esta escritura.

Rafael Soler utiliza un lenguaje que apunta a lo coloquial, lo que no excluye, estamos ante poemas, las figuras —se recuerda del abuelo que amanecía “de moscatel vestido con una chispa encima”, por poner un ejemplo—, y ese tono se acomoda bien a textos en los que es usual dirigirse a una segunda persona. En fin, una palabra poética, la de Rafael Soler, que no debe pasar inadvertida. **TÚA BLESA**